

3. Estoy con vosotros

“*VOLO TECUM* – ¡Quiero estar contigo!”. ¿De dónde surge este deseo del corazón de estar con Dios? O mejor dicho: ¿cómo se despierta y se hace consciente en nosotros la sed de Dios que es parte constitutiva de nuestro corazón? ¿Por qué nos sentimos atraídos a estar con Cristo y reconocemos que este es el deseo fundamental de nuestra vida?

Todo esto es posible, todo esto ocurre porque “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Nos damos cuenta de que estamos hechos para estar con Él, de que queremos estar con Él, *porque Él ha venido a estar con nosotros*.

En la iglesia de Chau Son Norte, el monje que entra por la puerta en la que se lee “*VOLO TECUM*” se encuentra en la iglesia del monasterio y se topa con otra inscripción, justo debajo del sagrario del altar, que dice: “*ECCE VOBISCUM SUM OMNIBUS DIEBUS*”. Es parte de las palabras que Jesús dirige a los discípulos al final del Evangelio según San Mateo, antes de ascender al cielo: “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20).

La inscripción está dispuesta de tal manera que el verbo “*SUM*”, es decir, “Yo soy”, se encuentra en el centro, justo debajo del sagrario, como para subrayar la realidad del Señor presente entre nosotros. De hecho, Jesús, al ascender al cielo, no dice a los discípulos: “Yo *estaré* con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”, sino “Yo *estoy* con vosotros...”. La Eucaristía es la presencia real del Señor, aquí y ahora. Para que una presencia sea real, debe estar presente ahora, presente en el presente, en ese presente que es la única dimensión real del tiempo. El pasado y el futuro no son reales sino en un recuerdo o en una esperanza que los insertan en el presente. Jesús está presente eternamente entre nosotros, y la prueba, la esencia de esta presencia, es su presencia eucarística, misteriosa pero real.

He aquí que el monje, es decir, el ser humano que lleva en su corazón el deseo —a menudo inconsciente— de estar con el Señor, cuando llega a la iglesia —como edificio sagrado, pero sobre todo a la Iglesia como comunidad de creyentes “edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular” (Ef 2,20)—, se encuentra con un misterio sorprendente. ¿Cuál? Que Cristo ya está presente, que Cristo ya está ahí, verdaderamente ahí, esperándonos, lleno de deseo de encontrarnos y de satisfacer ese deseo de estar con Él que llevamos en el corazón desde nuestra concepción.

Entonces el hombre se da cuenta de que si su corazón dice “*VOLO TECUM* —Quiero estar contigo”, es porque, antes de que este deseo surja en nosotros y antes de que lleguemos a expresarlo, Jesús ya está presente y nos dice: “¡Yo estoy contigo siempre! ¡Estoy aquí para cumplir tu deseo de estar conmigo!”.

Antes de que nosotros deseemos encontrarnos con Dios, Dios desea encontrarse con nosotros, hasta el punto de que nos crea para encontrarnos con Él, de que “nos hace para Él”, como dice san Agustín, para que podamos encontrarnos con Él. El deseo de Dios de estar con nosotros es la llama que enciende en nuestro corazón nuestro deseo de estar con Él.

Pero, ¿por qué desea Dios esto? En el altar de la iglesia de Chau Son Norte, a la derecha y a la izquierda del Sagrario, hay escritas en letras grandes otras dos palabras que, en el fondo, lo explican todo; expresan toda la razón y el sentido de esta cita y de este encuentro entre el deseo del corazón de Dios y el nuestro, que le corresponde al ir hacia Él. Estas palabras son “*CARITAS ET AMOR* – Caridad y Amor”. Y es como si el “*SUM*” bajo el Sagrario no solo formara parte de la frase “He aquí que estoy con vosotros todos los días”, sino que también uniera las dos palabras escritas encima: “*CARITAS [SUM] ET AMOR* – Yo soy Caridad y Amor”. Es como si el altar fuera la zarza ardiente del Sinaí que arde sin consumirse del amor que Dios es para nosotros (cf. Éxodo 3).

Solo al llegar a este centro ardiente de la presencia de Dios en el monasterio descubrimos *ad quid venimus*, por qué hemos venido; descubrimos por qué hemos escuchado una llamada y qué es lo que nos atrae de la voz del Señor. Hemos venido para vivir en comunión con un Dios que es Caridad y Amor, un Dios que permanece presente entre nosotros en el acto eterno de dar la vida por nosotros al morir en la cruz y resucitar victorioso sobre el pecado del mundo. El pecado, desde Adán en adelante, es un rechazo de la comunión con Dios, un rechazo que nos aleja y nos separa de Él. Pero en Cristo crucificado y resucitado toda distancia queda aniquilada y basta con decir: “Quiero estar contigo” para encontrarnos en la presencia de Dios, de un Dios que ya está “con nosotros” antes incluso de que nos demos cuenta, como los discípulos de Emaús que, al abrir los ojos, se dan cuenta de que Jesús había estado con ellos durante todo el camino, y si desaparece de su vista es precisamente para llevarlos a creer que su presencia permanece con nosotros cada día, hasta el fin del mundo, en el pan partido de la Eucaristía (cf. Lc 24,13-35).

Es como cuando Zaqueo, el publicano deshonesto y de baja estatura, se siente atraído por ver a Jesús pasar por la calle de Jericó y, por eso, se sube al sicómoro. De forma inesperada, se convierte en objeto de una atención privilegiada por parte del Señor. Jesús alza la mirada hacia él y lo llama por su nombre: “Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa” (Lc 19,5). Probablemente, Zaqueo no era consciente de que, al querer ver a Jesús a toda costa, incluso subiéndose al árbol como un niño, había expresado el grito que llevaba demasiado tiempo enterrado en su corazón, su personal “*VOLO TECUM* — Quiero estar contigo”. Jesús ve su corazón, escucha ese grito y le dice: “Zaqueo, ¿a qué esperas? Estoy aquí para eso, estoy aquí para estar contigo, para quedarme en tu casa para que se convierta en el templo de mi presencia y de la comunión del hombre pecador con el Dios misericordioso que, desde que Adán salió del paraíso terrenal, no encuentra paz si no lo reencuentra, si no lo lleva de nuevo a la comunión con Él”.

Tan ardiente es el deseo de Dios de encontrarse cara a cara con la criatura humana, que en lugar de hacer que Adán y Eva regresen al paraíso perdido, es Él quien sale del paraíso para ir a transformar en paraíso la morada de los hombres pecadores. La casa de mala fama de Zaqueo, como antes la de Mateo (cf. Lc 5,29), se convierte en un espacio en el que el Señor conversa amistosamente con los pecadores.

Así es como la presencia de Cristo transforma el mundo.